

John Maynard Keynes: en busca de una economía sin escasez

ALAIN PARGUEZ*

KEYNES EN EL PANTEÓN INTELECTUAL DE LA CENTURIA

Entre los economistas del siglo XX Keynes alcanzó fama imperecedera y se encuentra en el nivel de Einstein y Freud en el panteón intelectual del siglo. A Einstein se le recuerda por su teoría de la relatividad y a Freud por la teoría del psicoanálisis, en tanto Keynes será recordado siempre por su teoría de la demanda efectiva. Einstein introdujo una nueva concepción del universo y Freud, una nueva comprensión de la psique humana; Keynes modificó para siempre la relación entre la humanidad y su entorno material al derrumbar el mito de la escasez nacional heredado de la economía clásica. Esos tres personajes inventaron un nuevo mundo a partir de una genuina revolución cultural.

La mejor prueba de la omnipresencia de Keynes es la referencia obsesiva a su trabajo entre quienes pugnan por restaurar el viejo mundo en el que merodeaban restricciones inhumanas o naturales. Los defensores contemporáneos de un capitalismo sin límites disfrazado de globalización y su hermana gemela, la “nueva economía”, se enorgullecen de su antikeynesianismo y acusan a sus adversarios de ser keynesianos. Uno tras otro, los autores de los libros de texto ortodoxos buscan desacreditar el legado de Keynes porque consideran que ello es condición *sine qua non* de su capacidad para convencer a estudiantes y maestros de la solidez de su versión restaurada de la economía neoclásica. Ingeniárselas para desprestigiar a Keynes ha sido la prueba última para forjarse una promisoriosa carrera como economista elogiado por empresas, gobiernos y organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Es explicable que todos los poderes económicos teman a Keynes, pues quienes lo leen y procuran entenderlo han cuestionado durante años la economía por aquéllos elegida. Los economistas heterodoxos o que ponen en duda a Keynes se con-

sideran a sí mismos poskeynesianos en la medida en que Keynes es el punto de partida de su propia lucha o revolución contra la economía neoclásica, que cual ave fénix se mantiene como el fundamento de la ideología dominante. Un auténtico poskeynesiano no tiene que estar embelesado con la economía de Keynes ni empeñarse en reescribir la *Teoría general* con interpretaciones distorsionadas. Lo que está en juego es descubrir el mensaje de Keynes y formular una nueva teoría general que compendie lo que se debe conservar de la economía de Keynes. Los poskeynesianos fracasaron en su intento por captar a un público amplio porque muchos de ellos no pudieron o no quisieron ir más allá del contenido literal de la *Teoría general*, en términos tanto de teoría como de política económicas.¹ La labor de Keynes abarcó la revolución intelectual del siglo XX en su totalidad. La crítica de Freud a la psicología clásica subyace en la crítica keynesiana sobre el racionalismo económico,² en tanto que la concepción del tiempo de Keynes se acerca mucho a la teoría de la relatividad de Einstein: ambas rechazan la noción clásica de un tiempo ob-

1. Alain Parguez, “Victoria Chick and the Theory of the Monetary Circuit: An Enlightening Debate”, en Philip Arestis, Sheila Dow y Meghdad Desai (eds.), *Festschrift Victoria Chick*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.

2. Gilles Dostaler y B. Marris, “Dr. Freud and Mr. Keynes on Capitalism”, en John Smithin (ed.), *What Is Money?*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000.

* Profesor de economía en la Universidad de Besançon, Francia. Este artículo fue elaborado especialmente para Comercio Exterior. El autor aclara que si bien de ninguna manera pretende implicarlos en sus planteamientos, los debates y análisis de años con Thomas Ferguson, Joseph Halevi, Marc Lavoie, Louis-Philippe Rochon y Mario Seccareccia le significaron un importante estímulo.

JOHN MAYNARD KEYNES

John Maynard Keynes fue uno de los principales innovadores intelectuales y sin duda el economista más importante de la primera mitad del siglo XX. Nació en Cambridge el 5 de junio de 1883 y murió en Tilton (Sussex) el 21 de abril de 1946.

Con ayuda de una beca Keynes estudió en Eton. Luego fue al King's College, Cambridge, donde en 1905 obtuvo un grado en matemáticas. Después pasó otro año en Cambridge estudiando economía con el entonces decano de la economía británica, Alfred Marshall, y el alumno y sucesor de éste como profesor de economía política en Cambridge, Arthur Pigou. Keynes ingresó luego al servicio civil, en donde trabajó durante más de dos años en la India Office, aunque jamás visitó ese país. A raíz de este trabajo surgió su primer libro sobre economía: *Indian Currency and Finance* (1913), obra de naturaleza en buena medida descriptiva y cuya principal preocupación no era el sistema monetario indio como tal —ni siquiera la economía india—, sino tomar este sistema como ejemplo del funcionamiento de un patrón de cambios-oro. Este libro también propició su primera participación relevante en la vida pública como miembro de la Royal Commission on Indian Finance and Currency, conocida como Comisión Chamberlain (1913-1914). En 1908 Keynes regresó a Cambridge como profesor de economía y sometió su tesis doctoral al King's College: *A Treatise on Probability* (1909); una revisión de este trabajo —aún hoy considerado pionero— se publicó en 1921.

Poco después de estallar la primera guerra mundial, Keynes pidió en Cambridge un permiso para ingresar al Tesoro británico; sus excepcionales facultades lo hicieron ascender con rapidez: en 1919 encabezó la delegación de su país en la Conferencia de Paz de Versalles. Su total desacuerdo con las sanciones que consideró extremadamente duras del Tratado de Paz de Versalles lo llevó a renunciar a la delegación británica y redactar una vehemente denuncia en su obra *Economic Consequences of the Peace* (1919), que se tradujo a numerosos idiomas y de la noche a la mañana lo convirtió en una celebridad mundial. A partir de entonces Keynes fue una figura internacional cuya voz se escuchaba en torno de todos los problemas económicos fundamentales del Reino Unido de la entreguerra y, de hecho, en todo el mundo occidental. En 1925 Keynes se casó con la bailarina rusa Lydia Lopokova, de la compañía Diaghilev, con quien estableció un teatro en Cambridge y cuyo éxito artístico y monetario fue extraordinario.

En 1936 Keynes publicó la más importante de sus obras, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, en la que sostuvo fundamentalmente que el paro era resultado de la caída de la demanda efectiva, por lo que para lograr el pleno empleo era preciso reactivar el sistema económico con inversión pública, pues, y ahí la herejía, no había nada automático en el mecanismo de mercado que mantuviera a la economía en pleno empleo.

Al término de la segunda guerra mundial se incorporó de nueva cuenta al Tesoro británico como asesor en una amplia gama de problemas financieros derivados de la posguerra. En 1944 encabezó la delegación de su país en la Conferencia de Bretton-Woods, en la cual se crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

jetivo, independiente del observador y del espacio; el tiempo keynesiano es subjetivo, “vivido”, lo que explica por qué el futuro no puede preverse o siquiera suponerse.

El propósito de este ensayo es develar el éxito de la revolución keynesiana, lo que entraña primero demostrar que realmente hubo tal revolución, contra la concepción dominante de la economía. Una forma hábil y furtiva de desacreditar a Keynes consiste en encapsularlo en la economía neoclásica: así estandarizado, se le despoja de mensaje y se le reduce a un capítulo de libro de texto que aborda el modelo IS-LM,³ las bases microeconómicas de la macroeconomía, los cimientos de las cuentas nacionales o la posterior cosecha de “neokeynesianos”.⁴

En la primera parte se examinan los orígenes de la revolución. Al contrario de lo que dicen los libros de texto de economía, Keynes no existió en un mundo virtual desprovisto de ancla en el mundo real. El flagrante fracaso de la economía clásica —la ortodoxia dominante— para comprender a cabalidad la crisis de la economía capitalista mundial condujo a Keynes a poner en tela de juicio las propuestas fundamentales de esta economía. En la segunda parte se explica la respuesta de Keynes a su duda cartesiana en términos de método y solución. En la tercera se presenta el verdadero efecto de Keynes en el curso de la teoría y la política económicas.

ORÍGENES: CUESTIONAMIENTO DE UNA ORTODOXIA EN BANCARROTA

Lo que Keynes consideró “ortodoxia” era la teoría o juego de proposiciones subyacentes a las interpretaciones preponderantes de los principales fracasos del sistema económico y de las políticas que pretendían aliviarlos. Desde sus primeros escritos hasta la *Teoría general*, Keynes se volvió cada vez más consciente de la existencia de una ortodoxia que cautivaba por igual a economistas, políticos y especialistas; en su *Teoría general* alude a ella como “economía clásica” y se propone derrocar el dominio de la “inquisición ricardiana” demostrando que sus remedios son ridículos por ser ineficaces e incluso empeorar los males que afectan a la sociedad. En ocasiones a Keynes se le reprocha su crítica un tanto improvisada de la ortodoxia, lo que demostraría que no era un economista *puro*, entendida la “pureza” como un interés circunscrito a la congruencia lógica interna. Tal acusación no se puede probar, pues la ortodoxia entrañaba de suyo una visión práctica del mundo que daba lugar a la inactividad o políticas que debían guardar relación con las principales características del sistema económico. En consecuencia, Keynes estaba en lo correcto al destacar la *eficacia* como el

3. Modelo macroeconómico convencional que distingue los fenómenos reales del mercado de bienes (IS, *investment* y *savings*) y los monetarios (LM, *liquidity* y *money*; demanda y oferta de dinero). La curva IS equivale, en ejes cartesianos, a la demanda y la LM a la oferta.

4. Louis Philippe Rochon, *Credit, Money and Production: An Alternative Post-Keynesian Approach*, Edward Elgar, Cheltenham, Gloucestershire, y Northampton, Mass., 1999, 341 páginas.

parámetro de verdad para la ortodoxia. Demostrar su ineficacia es tanto como revelar su fracaso intelectual.

El marco histórico de la crítica a la ortodoxia

El derrumbe del orden económico liberal mundial

Keynes compartió con sus contemporáneos —Hayek, por ejemplo— la visión de un orden económico benévolo que habría existido desde mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Se trata de una visión idealizada —incluso mítica— que revela el horror de la guerra y sus secuelas que llevaron a toda una generación a soñar con un pasado mejor. La diferencia entre Keynes y Hayek es que este último creía que el orden pasado se podría restablecer, en tanto que aquél estaba convencido de la imposibilidad de esa restauración.

Nació en esos días la ortodoxia como el espejo de un mundo regido por un orden estable que generaba armonía. De acuerdo con Keynes, el orden del siglo XIX ignoró el desempleo masivo y persistente, al tiempo que permitió crisis cíclicas leves y sostenibles porque los mercados financieros eran tan dóciles que no podían impedir la acumulación de riqueza real. Los flujos comerciales y de inversión real habían atrapado a las economías nacionales en una economía mundial que florecía con divisas estables. Se vivía la época dorada del patrón oro debido a que —según la revaluación del patrón oro que plantea Keynes en el *Teatrise*— las restricciones derivadas de que el sistema monetario se anclara al oro no podían poner en riesgo la fluidez de la economía mundial. Siendo el producto de una era de estabilidad y relativa armonía, la ortodoxia estaba condenada a empujar la estabilidad y la armonía como sus principios subyacentes.

Con el fin de la guerra terminaron la estabilidad y la armonía. Esta observación que nada bueno presagiaba marcó el inicio de la sublevación de Keynes contra la ortodoxia establecida. La regla ahora era el desempleo masivo permanente; las crisis cíclicas desaparecían para siempre en tiempos en que las fuerzas de desequilibrio desatadas de los indómitos mercados financieros acababan con cualquier anclaje de la economía mundial. La crisis mundial de la nueva era se mostraba como una espiral de deflación a la que no seguía un auge compensatorio automático: la economía continuó siendo global, pero la globalización generó una deflación mundial acumulativa en lugar de traer consigo crecimiento y estabilidad. El caos reemplazó al orden y Keynes era consciente de que el caos económico podía destruir la estructura misma de la sociedad. Una fuerte sensación de urgencia explica la determinación creciente de Keynes para hacer frente a las fuerzas del caos. Era un defensor incondicional del liberalismo político en la tradición de Montesquieu-Burke y sabía que, en la medida en que el liberalismo prosperaba en la estabilidad y la armonía, no podría sobrevivir al caos. La ortodoxia a final de cuentas se tiene que poner en tela de juicio, no por una lógica pura, sin ancla en el mundo real, sino porque simplemente no corresponde al parámetro de último recurso: la supervivencia del orden político liberal.

La síntesis clásica

A Keynes se le ha reconvenido por su audaz síntesis que, por un lado, integra a Smith, Ricardo y al poco afamado Say y, por otra, se atreve a hacer una integración de las escuelas clásica y neoclásica. Obviamente, esto enfurece a los neorricardianos y también a los economistas neoclásicos incondicionales, en tanto que los historiadores del pensamiento económico cautelosos quedan sorprendidos por la opinión de Keynes de que la economía neoclásica es simplemente el retoño de la clásica.

En retrospectiva, el autor considera que Keynes estaba en lo correcto al plantearse tal síntesis, que resultó en una contribución decisiva para el impulso del pensamiento económico. La síntesis keynesiana se sustenta en dos proposiciones:

1) la ley de Say es una consecuencia lógica de la economía de Smith y de Ricardo, ya que la demanda no existe como una restricción en el sistema. Aquéllos son más radicales que Say, pues en su sistema la producción y la demanda tienen una identidad permanente que excluye cualquier noción de causalidad, y

2) la llamada “revolución marginalista” conserva indemne la esencia de la economía clásica: ésta sobrevive bajo el disfraz de la economía neoclásica, que no es otra cosa sino el velo metodológico de antiguos postulados. Su integración, por lo tanto, se corrobora y al resultado debería designársele “economía clásica” o “economía ricardiana” en última instancia.

La supervivencia del postulado del ahorro real de Smith-Ricardo constituye el parámetro de la segunda proposición. En la *Teoría general* se hacen referencias recurrentes al postulado clásico del ahorro, pero Keynes habría sido más convincente de haber explicado que la teoría clásica del trabajo era consecuencia del postulado del ahorro. De acuerdo con Keynes, los primeros clásicos aseveraron que, en cualquier período, la sociedad está restringida por la magnitud del ahorro real *ex ante*, que es igual al excedente de la producción real o física en relación con el consumo. El fondo del ahorro es el excedente real que la sociedad recicla en inversión real y que permite la reproducción o el crecimiento de la reserva de riqueza real. El postulado del ahorro consagra la ley de la escasez real u objetiva: la escasez rige, ya que la condición *sine qua non* para tener una reserva de riqueza constante es la restricción impuesta a la parte de la producción dedicada al consumo. Los descendientes neoclásicos de los primeros clásicos jamás pusieron en duda el postulado del ahorro, que constituye la piedra angular de su teoría del capital. El ahorro real *ex ante* (oferta de capital) se ajusta a la inversión real *ex ante* (demanda de capital) en el mercado del capital real mediante el mecanismo del tipo de interés, que equipara la tasa de interés con la productividad marginal del capital real. El postulado del ahorro real explica por qué el tipo de interés se encuentra siempre convergiendo en su nivel natural, reflejando la tasa de equilibrio de la ganancias.

La teoría de los fondos prestables se basa en el postulado del ahorro real puesto que la oferta de aquéllos es el disfraz monetario del excedente real *ex ante*. En tanto el mecanismo del tipo de interés canalice los ahorros monetarios *ex ante* a la inversión deseada o *ex ante*, el dinero es neutral, ya que la sociedad invierte

en acumulación la parte de la producción real o física que antes ha ahorrado. Desde Smith hasta Robertson y toda la Escuela de Cambridge, resulta obvio que la austeridad ha sido el verdadero origen de la inversión y la riqueza.

Que no exista determinada restricción por la demanda es consecuencia lógica del postulado del ahorro. Como lo demuestra la primera proposición para Smith y Ricardo, la ley de Say es una identidad. Dado que la producción física es absorbida por el consumo o por la acumulación, es independiente de la demanda, la cual no existe como fuerza independiente. De acuerdo con la escuela neoclásica posterior, el mecanismo del tipo de interés genera una demanda de capital equivalente al ahorro *ex ante* —que es la ley de Say—, puesto que la oferta debida al mercado de capitales siempre crea su propia demanda.

En esto radica la prueba de que el pleno empleo es un corolario del postulado del ahorro. En el sistema ricardiano que Keynes tenía en mente, el fondo del ahorro real es en su totalidad resultado de la austeridad de la clase capitalista en la medida en que el salario real apenas alcanza su nivel de subsistencia. En cualquier período, el salario real agregado es la parte de la producción anterior invertida en el consumo real de los trabajadores que participan en el proceso productivo. El fondo del salario real (inversión real) equivale al ahorro real *ex ante* (la parte ahorrada de lo que primero fue excedente). De conformidad con el postulado, gracias a la austeridad la sociedad escapa de la férrea ley de la escasez. El fondo del ahorro real es, por tanto, suficientemente elevado como para garantizar a la sociedad el mayor nivel de producción posible, lo que exige el empleo de la fuerza de trabajo disponible con la escala exógena de salarios de subsistencia. El pleno empleo permanente constituye la característica de la teoría clásica inicial y representa la recompensa natural de la abstinencia sostenida. Ahora bien, el salario de subsistencia no resultó compatible con los postulados neoclásicos de la racionalidad omnipresente y el tiempo objetivo (pilar éste último en que descansa la noción de la certidumbre perfecta que permite la planeación de largo plazo) y, en la medida en que no era una condición indispensable del postulado del ahorro, se le pudo fácilmente descartar sin necesidad de moderar la constante de la escasez; así, se remplazó por la función de la oferta de trabajo, que de acuerdo con Keynes es el segundo postulado clásico de la teoría del trabajo. Surgieron entonces dos mercados entrelazados: el del capital real y el del trabajo, que ajustan la demanda de mano de obra de las empresas a la oferta de trabajo originada de los poseedores de los factores de producción, quienes deben cumplir con dos elecciones aparentemente independientes: la primera, entre consumir los ingresos reales y ahorrar; la segunda, entre trabajar para obtener un salario y no trabajar para disponer de tiempo libre. Ambas elecciones se reflejan en las curvas entrelazadas de la oferta de ahorro (u oferta de capital) y de la oferta de trabajo, que dependen del factor de precios reales, del tipo de interés (tasa de ganancias) y de la escala de salarios. El postulado de la racionalidad impone la equidad entre los precios de los factores y la respectiva utilidad marginal del consumo y el ocio. El tipo de interés equivale a la utilidad marginal del consumo en cualquier punto de

la curva de la oferta de ahorro, en tanto que en cualquier punto de la curva de la oferta de trabajo la escala de salarios es igual a la utilidad marginal del ocio (o desutilidad marginal del trabajo, en términos keynesianos). Puesto que las utilidades marginales son función decreciente tanto del consumo como del ocio, en virtud del axioma de los rendimientos decrecientes, las curvas de la oferta son funciones crecientes de los precios de los factores. Cualquier aumento en la escala de salarios (o en el tipo de interés) refleja una mayor utilidad marginal del consumo (o del ocio) y, por tanto, requiere una mayor oferta de ahorro (o de trabajo).

La condición esencial de la curva de la oferta de trabajo es la renta derivada de la riqueza acumulada a partir del ahorro. El verdadero significado de la curva es que los agentes racionales prefieren vivir de las rentas de su capital cuando la utilidad marginal del consumo derivado del trabajo decae. La curva de la oferta de trabajo refleja la transformación de los trabajadores en meros arrendadores. Ello cuadra con el postulado del tiempo objetivo, en la medida en que la elección del momento entre consumo y ahorro controla futuras elecciones entre trabajo y ocio.

La curva de la oferta de trabajo es la condición necesaria y suficiente del pleno empleo en el sistema neoclásico. Keynes tenía razón al destacar el papel primordial del segundo postulado, que en muchos libros de texto queda relegado al olvido. La curva de la oferta de trabajo en sí misma es el corolario lógico de la curva de la oferta de ahorro, que refleja el postulado del ahorro. Si se rechazara el postulado del ahorro, entonces prácticamente no habría un mercado del trabajo, pues no existiría curva de oferta alguna; así, resulta cierto que en el sistema neoclásico el postulado del ahorro es condición esencial del pleno empleo.

La síntesis keynesiana constituye una aportación notable para demostrar la inutilidad de pugnar por un restablecimiento de la economía ricardiana para desacreditar la economía neoclásica. Lo que aún hace falta es una demostración sistemática, pues Keynes no derivó explícitamente el segundo postulado neoclásico (la curva de la oferta de trabajo) del postulado del ahorro. Se ocupó del segundo postulado de manera por demás pobre y ligera; de hecho, al abordar el postulado del ahorro no mencionó el segundo postulado. Dado que Keynes insistió en que el postulado del ahorro equivale al pleno empleo en la economía clásica, de ninguna manera afrentó la verdad histórica cuando intentó exponer lo que Keynes fácilmente podría haber escrito si tan sólo hubiese querido sustentar esta proposición.

La síntesis clásica es una ortodoxia

Una teoría económica se torna ortodoxia cuando interpreta todas las situaciones que aparentemente la contradicen como resultado de fuerzas exógenas que alejan del equilibrio a los agentes racionales. A partir de ese momento, la teoría se vuelve inmune a cualquier negación, lo que explica por qué se acusa a los detractores de ignorar las leyes de la razón pura y se cuestiona su calidad de economistas. De acuerdo con Keynes —al menos

a partir del *Tratado*—, tal es la naturaleza de la síntesis clásica, que se volvió una ortodoxia totalitaria, una *inquisición*⁵ obsesionada por su supervivencia tras el desmoronamiento del orden que la sustentaba.

La condición de equilibrio de último recurso es que la inversión nunca exceda el fondo del ahorro *ex ante*, que requiere de la neutralidad perfecta del dinero. En el universo clásico, el dinero no existe o bien es insignificante, un mero disfraz de los flujos reales o físicos que constituyen la esencia de la circulación. La interpretación de Keynes de la noción clásica del dinero neutral es mucho más compleja que la versión ingenua de los libros de texto. El dinero es intrínsecamente neutral: debe ser —o, para mayor precisión, debería ser— neutralizado a fin de garantizar el dominio del postulado del ahorro. Los clásicos solían analizar todas las situaciones anormales como estados de desequilibrio resultantes de la circulación de dinero no neutral. Tan pronto se elimina el anclaje del ahorro, los poseedores de los factores de producción quedan despojados de directrices y sus elecciones dejan de estar restringidas por el axioma de la racionalidad: sufren de la ilusión monetaria que los aleja de las curvas de oferta. El Estado es el único que puede inyectar excedentes de dinero a la economía y está acostumbrado a hacer uso de este poder puesto que es la condición necesaria de su supremacía. Keynes pudo, por ende, explicar por qué la ortodoxia clásica siempre se ha inclinado a considerar todas las situaciones anormales en relación con el estado ideal de equilibrio como resultantes de las intervenciones del Estado, que utiliza el arma del dinero para echar por la borda la restricción del ahorro. Muy pocos historiadores del pensamiento económico han puesto el acento en la verdadera naturaleza del liberalismo clásico contenido en la revaloración que Keynes hace de la economía clásica, que no es más que el corolario lógico del postulado del ahorro, del que el Estado debe ser severo administrador.

La ortodoxia clásica se enfrentó a tres anomalías principales: el elevado desempleo de la economía británica durante la década de los veinte, que resistió a todas las fuerzas estabilizadoras; la desenfrenada especulación financiera de finales de los veinte, y el proceso espiral de deflación que afectó a la economía mundial en el período que siguió a la crisis financiera.

Desde principios de los años veinte, a Keynes le había preocupado la explicación dogmática de los economistas ortodoxos: todas las anomalías reflejan la drástica falta de ahorro, que a su vez es consecuencia lógica de excesivas inversiones del Estado financiadas mediante la creación de dinero. El fondo de capital real de Inglaterra se vio restringido a partir de la inflación provocada, primero, por los gastos de guerra y, más adelante, por las subvenciones del Estado: por ejemplo, el seguro de desempleo financiado con dinero no neutral y sin valor. La inflación indujo una desviación del ahorro: la austeridad se desvaneció. Inglaterra se empobreció permanentemente en la medida en que

su fondo de capital se redujo muy por debajo del nivel que tenía antes de la guerra. La inversión real se colapsó debido a que la regía el ahorro *ex ante* que impuso la caída de la producción real, regida ésta por la reserva incorporada de capital real. De haber habido una fuerte caída compensatoria en el nivel del salario real, el pleno empleo podría haberse mantenido, pero ello no era posible debido a la pertinaz ilusión monetaria de los trabajadores: éstos ansiaban salarios monetarios más elevados para gozar de un mayor consumo, que es el parámetro de la ilusión monetaria. Los trabajadores cayeron en la trampa de la negación de la racionalidad debido a las subvenciones que generaban inflación: una de las peores, el seguro de desempleo, que rompía la curva de la oferta.

De manera semejante, el frenesí de la especulación se explica por el derroche del Estado. A través de sus subvenciones, el Estado aportó a los bancos tanto dinero que éstos podían otorgar créditos a especuladores, lo que provocó que la inflación financiera atrajera una mayor demanda de créditos que los bancos podían satisfacer dado que cada vez estaban más inundados de dinero del Estado. El alza en los precios de las acciones explica, por lo tanto, la falta de ahorro real, artificialmente enturbiada por la inflación monetaria.

Todos los insignes partidarios de la ortodoxia clásica alabaron la crisis de 1929-1931 como la necesaria crisis de liquidación que demostró el restablecimiento de la ley de la escasez. El desempleo aumentó —igual que había ocurrido en los años veinte en Inglaterra— en virtud de la rigidez de los salarios reales impuesta por los trabajadores que ansiaban mantener la escala del salario monetario. A partir de la crisis, en todas partes los trabajadores se separaron de su curva de oferta y las curvas del mercado del trabajo se paralizaron. Un estado normal (pleno empleo) se restauraría una vez que la sociedad pudiera regenerar su reserva de capital real mediante una austeridad aumentada, que exigía una política económica de *deflación*.

La deflación fracasa de manera vergonzosa: la ortodoxia clásica es ineficaz y por tanto falsa

Es posible que los lectores modernos de la *Teoría general* pasen por alto la explicación de la seria advertencia de Keynes en contra de la dictadura intelectual de los economistas anteriores (Ricardo y sus sucesores), ante quienes los hombres prácticos se embelesaban. Por primera vez en la historia del capitalismo, durante los años de la posguerra los economistas profesionales tenían acceso al poder debido a su entusiasmo por un manejo racional de la economía. La política económica nació para instrumentar la modernización y su hermana gemela: la “competitividad”. Políticos y burócratas comenzaron a depender de los consejos de economistas que se volvieron expertos en el arte del gobierno tecnocrático. La ortodoxia clásica se había aplicado desde el final de la guerra como la única política económica acertada y nadie osaba ponerla en duda puesto que era el resultado de la ciencia. A partir de principios de los años veinte, el programa de trabajo del nuevo régimen tecnocrático previó, pues, el res-

5. En la *Teoría general*, Keynes se refiere a la santa inquisición ricardiana y no a una inquisición neoclásica. El dogma radica en los antiguos clásicos; sus sucesores neoclásicos han modificado el ritual, eso es obviamente lo que Keynes tenía en mente.

tablecimiento de la restricción del ahorro mediante una terapia de choque deflacionaria. En todas partes la política fiscal se orientó al logro de superávit mediante el aumento de los impuestos y reducciones drásticas en los gastos. Los políticos estaban obsesionados con encontrar la expiación de sus pecados otrora cometidos contra el dogma de la escasez. Los banqueros centrales reinaban sobre la burocracia estatal y utilizaron sus nuevos poderes para aumentar las tasas de interés en espera de que ello acelerara la deflación al imponer una caída en el consumo que conduciría a un incremento en el ahorro real. Inglaterra restableció el patrón oro a efecto de suprimir los poderes monetarios del Estado y así sustituir un dinero neutral por un dinero desvalorizado, que había sido la causa inicial de la falta de ahorro.

A los expertos de la ortodoxia no les sorprendió el desempleo masivo que siguió a la crisis financiera. Solicitaban mayor deflación fiscal, tasas de interés más elevadas y la revocación de todo tipo de ayuda a los trabajadores desempleados. Precinizaban una deflación mucho mayor para obligar a la sociedad a ahorrar más. Keynes escribió el *Tratado* cuando Inglaterra llevaba ya diez años sometida a esta terapia de choque; escribió la *Teoría general* cuando la administración del presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt todavía procuraba un presupuesto equilibrado, pese a que el desempleo no había disminuido en lo más mínimo y la inversión real seguía estancada. Hacia 1930 resultaba ya evidente que la terapia de choque había fracasado en su propósito de poner freno al desempleo en Inglaterra; para 1935 el fracaso era aún más ominoso puesto que la nueva dosis de terapia de choque no había detenido el aumento del desempleo, en tanto que los expertos ortodoxos habían disfrutado de poderes cuasidictatoriales para imponer su programa. Keynes desdeñó el llamado que éstos hacían a una mayor deflación para lograr en el largo plazo el pleno empleo, el cual acababa siempre siendo pospuesto para un futuro más lejano.

LA SOLUCIÓN DE KEYNES

La fundación de una economía sin la restricción del ahorro

Keynes siempre consideró que el cuestionamiento crítico era útil si llevaba a descubrir los principios fundamentales de la ciencia positiva de una economía libre de ideología. Estando ya convencidos de la falsedad de la economía clásica, aún se ignoran tales principios. Lo primero que se necesita es un método.

El método de Keynes: el realismo lógico

La realidad existe: el desempleo no puede negarse, pero es una realidad carente de sentido en la medida en que no puede aportar al observador una explicación de sus componentes o una interpretación. Un observador que se propusiera hacer a un lado la teoría jamás podría saber por qué existe el desempleo, no importa

qué tan refinadas fueran sus herramientas técnicas de observación. En la tradición cartesiana-kantiana, Keynes rechazó desde un principio el empirismo, lo que justifica su posterior rechazo a la econometría de Tinbergen. Cualquier prueba entraña un modelo preexistente que se utiliza para probar otro modelo derivado de una teoría axiomática. La respuesta señala primero que el axioma que se está poniendo a prueba no corresponde al modelo de prueba; no se puede captar una realidad independiente de los modelos entrelazados —el que se pone a prueba y aquél con el que se prueba— en el sentido del “ser puro” de Heidegger. En opinión del autor, la búsqueda sistemática del o de los principios abstractos sobre los que se sustenta la realidad, que no pueden ponerse en tela de juicio sin aceptar como verdadera una imposibilidad lógica, es “realismo lógico”.

El realismo lógico es la búsqueda del *cogito* económico que revela el sentido de la realidad. Keynes ha demostrado que el postulado del ahorro es el núcleo lógico de la economía clásica. De existir, el o los principios buscados constituyen la negación última del postulado del ahorro. Si el economista los niega, el postulado del ahorro es verdadero y la ortodoxia clásica eficaz, lo que ha demostrado ser falso dada su ineficacia. Estos principios son, por ende, el ancla de la genuina teoría general. Keynes nunca dudó de la existencia del *cogito* puesto que fue un humanista entregado para quien la realidad debe ajustarse a las necesidades y aspiraciones fundamentales de la humanidad. Su humanismo explica su horror acérrimo frente a cualquier tipo de determinismo que niegue la capacidad y el derecho de la humanidad para dar forma al mundo material. Ahí yace la clave del desprecio de Keynes hacia el marxismo, que consagra un crudo determinismo histórico arraigado en la férrea ley de la evolución de la tecnología.⁶ En la medida en que el ser humano existe para la acción, la realidad tiene un sentido oculto. El *cogito* debe y puede ser descubierto. Keynes nunca se permitió el estado de ánimo fatalista de muchos disidentes que dudaron de la posibilidad de descubrir la alternativa a la ortodoxia reinante.

El realismo lógico impide cualquier intento por confiar en las llamadas “cuentas nacionales” para encontrar el *cogito*. Es absurdo pensar en la economía keynesiana como la economía simplista de las cuentas nacionales.⁷ Éstas son artificios creados por tecnócratas que confían en la ortodoxia clásica que buscaba transformar el postulado del ahorro en herramientas operativas de control. Sus datos están cifrados y sólo los tecnócratas poseen

6. El rechazo de Keynes hacia el marxismo no tiene nada que ver con algún intento de salvar al capitalismo de sí mismo; Keynes simplemente despreciaba a los demócratas sociales de su tiempo.

7. Nunca comprendí el keynesianismo de la contabilidad nacional, puesto que las cuentas nacionales reflejan la ortodoxia clásica cuando ésta, por ejemplo, destaca la distribución de un producto dado, neto o de valor agregado. Es imposible derivar de las cuentas nacionales la identidad causal keynesiana. Alain Parguez, “The Roots of Austerity in France”, en Joseph Halevi y Jean-Marc Fontaine (eds.), *Restoring Demand in the World Economy. Trade, Finance and Technology*, Edward Elgar, Cheltenham, Gloucestershire, y Northampton, Mass., 1998, 209 páginas.

los códigos que permiten a otros su lectura; de hecho, constituyen el velo de una ideología que lleva a la gente a creer que son la realidad concreta. Quienes se entretienen con nociones como el PIB, la tasa de crecimiento y otras semejantes, deberán recordar la crítica de Keynes a las medidas convencionales de la producción. El mandato del realismo lógico es dudar de todo lo que se declare verdadero por derivarse de datos oficiales.

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

La identidad causal del ahorro y la inversión

¿Qué otra cosa es el ahorro si no el excedente del ingreso en relación con el consumo? Dado que el postulado del ahorro ya no se aplica, los ingresos no se reciben como bienes de naturaleza física, sino en dinero. El ahorro, por tanto, es la diferencia entre los ingresos monetarios y la parte de estos ingresos gastada en la adquisición de bienes de consumo. En la *Teoría general*, Keynes se esfuerza por lograr un concepto objetivo del ingreso, libre de las ilusiones ideológicas surgidas de las medidas convencionales de la “producción” que se usan en las cuentas nacionales.

El ingreso es el valor objetivo del incremento neto en la riqueza real derivado de la producción. El ingreso refleja la diferencia entre el valor de la reserva de productos disponibles tras la producción y el valor de la reserva antes de la producción, menos lo que Keynes considera el “costo de producción del usuario”. El costo del usuario es el valor de la parte de la reserva inicial que se ha ocupado para lograr la producción; es el valor heredado del pasado que se incorpora en los bienes recién producidos. El ingreso, siendo la contribución de la riqueza real presente, no incluye el costo del usuario. Keynes rechaza las medidas oficiales de la producción ya que éstas no pueden dar cuentas de la contribución del pasado, lo que da lugar a cálculos extremadamente inflados del incremento neto de la riqueza real.

El ingreso se incorpora en los bienes de consumo disponibles y en el incremento neto de la reserva de capital real o inversión, lo que explica la primera ecuación fundamental:

$$Y = C + I \quad [1]$$

Esta ecuación expresa que la sociedad utiliza el ingreso, Y , para el consumo y la inversión, siendo C el valor incorporado en los bienes de consumo e I el valor incorporado en la inversión. En la medida en que la sociedad devenga un ingreso monetario, que es el valor incorporado en la producción neta, Keynes obtiene su segunda ecuación:

$$Y = C' + S \quad [2]$$

Esta ecuación demuestra que el ingreso devengado se divide entre los gastos, C' , y el ahorro o ingresos no gastados, S , que es la única definición del ahorro que guarda relación con una eco-

nomía monetaria no neutra. En esta economía no existe distinción entre el valor incorporado de la producción neta y su valor realizado o efectivo. El valor o ingreso se obtiene a través de las ventas o los gastos. C y C' son por lo tanto *idénticas* dado que son la misma cosa, de donde Keynes obtiene su famosa identidad:

$$S \equiv I \quad [3]$$

Ésta es una identidad porque *siempre* resulta cierta y es lógicamente independiente de cualquier clase de ajuste. En consecuencia, es la negación de una igualdad que significa una condición de equilibrio. S no es una fuente de valor; es una pérdida de valor que debe compensarse por una fuente de valor equivalente, que es la inversión. Esto significa que la identidad dicta que “la inversión es la condición esencial del ahorro”. La inversión siempre genera un ahorro equivalente, lo que explica por qué Keynes considera al ahorro como meramente *residual*. El ingreso queda definido mediante la identidad. No existiría ingreso alguno si el ahorro no fuera igual a la inversión. Por tanto, es absurdo pensar que el ahorro se ajusta a la inversión mediante cambios en el nivel del ingreso. Dado que la inversión es el valor objetivo del excedente, Keynes llega a su primera proposición fundamental: la sociedad obtiene un excedente a partir de una decisión de invertir no restringida por la austeridad, dado que el ahorro disponible se crea a partir de la decisión de inversión. El ahorro en sí es, por tanto, absolutamente independiente de la austeridad.

La proposición es cierta dado que, si se le niega, el postulado clásico del ahorro se conserva. Constituye la tan buscada piedra angular de la *Teoría general*, la negación última de la economía clásica. Su corolario es la inexistencia de la curva de la oferta de ahorro, que suprime al mercado de capitales y a su gemelo, el “mercado de fondos prestables”. En la medida en que el tipo de interés carece de anclaje en la austeridad, deja de ser la tasa natural wickselliana que permite el pleno empleo y se determina y ha de explicarse más bien por la existencia de un dinero no neutro.

El nivel del empleo se impone en los poseedores de la fuerza laboral que buscan empleo

La curva de la oferta de trabajo no existe, lo que invalida el mercado de trabajo. En una economía libre del postulado del ahorro, el pleno empleo deja de darse por sentado: el nivel o la cantidad de empleo se denomina en términos de una unidad de trabajo homogénea y objetiva. Para Keynes existe una relación única entre el ingreso y el trabajo, puesto que cualquier ingreso corresponde a una cantidad de trabajo única, utilizada para obtener la producción neta cuyo valor es precisamente este ingreso. Un valor del trabajo en términos del ingreso es éste, sustituido por el valor de la producción según la teoría clásica del trabajo. El trabajo tiene un valor dado que se ha arraigado en la producción que tiene un valor: el ingreso, definido por la identidad fundamental.

En la *Teoría general* Keynes consideró que sería acertado interpretar esta relación como una función, donde N es la cantidad de trabajo, de ingreso, de manera que:

$$N = F(Y) \quad [4]$$

cumpliendo con la antigua condición de una productividad marginal del trabajo continuamente decreciente,

$$\begin{aligned} F'_n &= f(Y) \\ f' &< 0, \end{aligned} \quad [5]$$

que es parte de lo que Keynes consideraba el primer postulado de la teoría ortodoxa del trabajo. Keynes pensó que esta condición era inocua en la medida en que la curva de la oferta de trabajo no depende de ella. También creyó que la demostración podría ser más convincente si el desempleo involuntario existe aun cuando el primer postulado convencional se mantiene vigente.

El nivel del ingreso está dado por el famoso pero a menudo malentendido “principio de la demanda efectiva”, que plantea que el ingreso está determinado por las empresas o empresarios *en su conjunto*. Keynes nunca perdió el tiempo con la agrupación imposible de unidades de comportamiento o funciones individuales, puesto que éstas no existen más que en el fantasmagórico universo de la economía neoclásica. La economía es el reinado de mentes o entidades colectivas, confirmadas para los átomos psicológicos de la ortodoxia. Cuando Keynes introduce la figura del Empresario piensa en una entidad colectiva que actúa a partir de su propia voluntad y asume el proceso de producción. Los personajes del teatro keynesiano son las figuras emblemáticas de ese juego de ajedrez en el que participa toda la sociedad que es la economía: tan pronto una persona entra en el juego, deja de existir como individuo y se vuelve parte de una gran mente colectiva: el Empresario, el Consumidor, el Especulador, el Banquero, etcétera. Por eso resulta absurdo buscar los fundamentos microeconómicos de la economía de Keynes; asimismo, sería extraño buscar las bases micropsicológicas del psicoanálisis de Freud o de la teoría de los arquetipos de Jung.⁸

El empleo es el resultado de un juego en el que participan tres figuras o mentes colectivas: el Empresario, el Beneficiario del ingreso y el Capitalista o Especulador. Quien dirige el juego es el Empresario y lo hace según la regla que la identidad fundamental consagra. (Se debe recordar siempre que el Empresario keynesiano no es el Empresario neoclásico representativo; se trata de una genuina mente colectiva en que la individualidad se pierde.) El Empresario sabe que a toda posible producción corresponde un valor en renta que refleja la igualdad de los ingresos ganados o distribuidos y la demanda agregada. La ley de

8. Sería más lógico sustituir la demanda *agregada* por la demanda *global*, dado que en la economía de Keynes no hay verdaderos agregados: la realidad sólo existe como *global*; no hay datos fragmentados que pudieran agruparse. Un corolario es que la microeconomía es una imposibilidad lógica.

Say no es válida puesto que el postulado del ahorro ha sido rechazado. La demanda agregada se ha convertido en una restricción que el Empresario ha de anticipar o prever. Existe sólo un nivel de producción para el que el ingreso devengado equivale al nivel de la demanda agregada, que define el nivel efectivo del ingreso y, consecuentemente, la producción efectiva, cuyo valor es el ingreso efectivo.

La demanda agregada tiene dos fuentes. La inversión depende del Capitalista, cuya jugada el Empresario conoce ya, en tanto que el consumo está determinado por el Beneficiario del ingreso, cuya jugada está regida por la función del consumo, también conocida para el Empresario. La función del consumo de Keynes carece del más mínimo fundamento microeconómico. El autor ha procurado poner el acento en esta proposición, que explica la futilidad de la otrora llamada “escuela del desequilibrio”. El Beneficiario del ingreso no está al margen de la austeridad; gasta sólo parte de su ingreso, siendo la famosa propensión a gastar una función decreciente del nivel del ingreso, de manera que:

$$C = aY \quad [6]$$

$$a = 1 - s$$

$$a = a(Y) \quad [7]$$

$$a' = A(Y) \quad [8]$$

$$A' < 0$$

La función revela el profundo pesimismo de Keynes en relación con la naturaleza humana y su insana sed de acumulación de riqueza, derivada de la mezquindad y sello de su irracionalidad. El ingreso efectivo cumple la condición de valorización:

$$Y = (1 - a)Y + I \quad [9]$$

$$Y = I/sI$$

Ello explica en detalle el “principio de la demanda efectiva”: I y la función del consumo permiten al Empresario *saber* qué nivel de demanda agregada existirá y, por consiguiente, será *efectiva*, dado que ésta constituye el valor de la producción en curso: el nivel efectivo del ingreso. El principio determina el único nivel de ingreso para el que la pérdida de valor inducida por el ahorro se compensa con el valor que se acumula de la inversión; por tanto, define el empleo como una función tanto de la inversión como de la propensión a ahorrar, que a su vez es función creciente del ingreso.

La función del empleo es el punto culminante de la revolución keynesiana pues revela la absoluta subordinación de los Desempleados (la fuerza laboral que busca empleo). El Empresario fija el empleo en el nivel que le permite extraer la ganancia máxima del ingreso creado por la demanda efectiva y, en su calidad de Capitalista —“el que es propietario de la riqueza real”—, distribuye las utilidades. La ganancia máxima se logra cuando la tasa de ganancias es igual al valor dado del tipo de interés: igualdad que el Capitalista maneja al determinar la inversión. Ni al Empresario ni al Capitalista les preocupa el de-

seo colectivo de los Desempleados por tener trabajo. La función destaca el efecto negativo primordial de la austeridad: cuanto mayor sea s , menor será el ingreso y, consecuentemente, el empleo para una tasa de ganancias dada. Keynes sostenía que, entre quienes reciben el ingreso (el Capitalista y el Trabajador), el Capitalista es quien sufre la enfermedad psíquica de la "austeridad",⁹ puesto que su propio ingreso es inconmensurable comparado con el que percibe el Trabajador. Éste es el sello final de la subordinación del Trabajador: el empleo se contrae cuando el voluble Capitalista decide ahorrar más. No puede haber un incremento compensatorio en la inversión dado que el Capitalista se deleita en la austeridad en la medida en que no quiere invertir. En esto radica el siguiente paso de la revolución keynesiana.

La función del empleo demuestra que todo el desempleo es involuntario y que el desempleo involuntario siempre es posible.

EL DINERO NO ES NEUTRAL: LA PREFERENCIA POR LA LIQUIDEZ EXPLICA POR QUÉ LA INVERSIÓN NO GENERA PLENO EMPLEO

Demstrar la posibilidad del desempleo no bastaba. Keynes tenía ahora que probar que el desempleo es la situación normal o que la verdadera anormalidad es el pleno empleo. La raíz del desempleo es el nivel de la inversión, que siempre resulta demasiado bajo para generar una demanda efectiva suficiente para contratar a todos los Desempleados y que, por lo tanto, no puede compensar la existente *propensión a la austeridad*. La falta de inversión es el resultado de la no neutralidad del dinero. En ello radica el núcleo de la famosa "teoría de la preferencia por la liquidez" que, de acuerdo con el propio Keynes, constituyó el más notable de sus logros para cerrar su *Teoría general* de la economía capitalista. La identidad ha demostrado que la inversión genera ahorro, que la teoría de la preferencia por la liquidez determina el nivel de inversión y que la función del empleo es la teoría del desempleo.

Para el Capitalista, la inversión es sólo parte de la distribución de su fondo de riqueza en diversos componentes. La riqueza puede conservarse en forma de activos reales, activos financieros y dinero. Lo que Keynes considera "inversión" es el aumento deseado de la reserva de activos reales, resultante de un efecto de sustitución que traspasa fondos de dinero y títulos de crédito a capital real. Cada forma de riqueza tiene su rendimiento específico: la tasa de ganancias del capital real; el tipo de interés de los títulos de crédito, y el rendimiento no financiero del dinero, propio de la preferencia por la liquidez. Al pasar su riqueza de una a otra forma, el Capitalista apuesta siempre a la igualdad de tales rendimientos, lo que explica por qué se mantiene siempre una equivalencia entre la tasa de ganancias y el tipo de interés y la preferencia por la liquidez. En esto radica la pie-

dra angular de la no neutralidad del dinero: el punto de referencia de la *economía de producción monetaria*.

El dinero es la unidad de cuenta en la que se expresa el valor de todos los activos. El Capitalista tiene la certeza de que el valor monetario de los activos reales y los activos financieros cae cuando se registra una subida del tipo de interés o una tasa de ganancias más baja que la esperada en el caso de los activos de capital. Está seguro de que el valor monetario de la riqueza en forma de dinero es constante; el dinero le significa la garantía perfecta contra las pérdidas de la riqueza. En un universo económico regido por la incertidumbre absoluta, el Capitalista no puede depender del cálculo convencional de la probabilidad para *controlar* el riesgo de pérdida; busca desesperadamente una forma segura de conservar su riqueza y, por su naturaleza intrínseca, el dinero es el único refugio seguro. La teoría del dinero de Keynes descansa en un psicoanálisis freudiano de la mente colectiva del Capitalista.¹⁰

Más allá del velo de retórica apologética, Keynes descubre el ansia súbita e indómita por estar protegidos frente a un universo hostil. Si el dinero no escaseara, suponiendo que el Capitalista pudiera obtenerlo recurriendo a alguna otra fuerza o produciéndolo en su capacidad de Empresario, entonces sería una mercancía gratuita sin un valor intrínseco; pero por su naturaleza, el dinero es escaso: encarna la escasez que significa que el Capitalista no puede obtenerlo a voluntad, ya que la cantidad de dinero disponible es independiente de sus deseos. Para saciar su deseo el Capitalista tiene que sacrificar otras formas de riqueza. En esto radica el valor específico del dinero: la escasez del dinero brinda a su poseedor un rendimiento específico —la preferencia por la liquidez— que es la traducción en unidades monetarias del ansia del Capitalista por tener protección o liquidez. Si el dinero fuese una mercancía gratuita, sus rendimientos serían nulos y sería neutral, pues no podría tener efectos en la inversión.

El arbitraje entre el dinero y los activos financieros da lugar a la igualdad entre el tipo de interés y la preferencia por la liquidez. En la medida en que esta última está dada por factores externos, determina tanto el nivel del tipo de interés como su propia existencia. Cuando alguna fuerza *exógena* —el Estado— disminuye una reserva de dinero más elevada, el dinero se vuelve menos escaso en relación con el deseo del Capitalista; brinda un menor rendimiento, lo que permite la caída en el tipo de interés. En el mundo de Keynes el tipo de interés refleja la permanente igualdad entre la reserva de dinero *exógena* y su cantidad deseada como un elemento de riqueza.

El arbitraje entre activos financieros y activos reales impone la igualdad de la tasa de ganancias y el tipo de interés. Por lo tanto, la preferencia por la liquidez del Capitalista es lo que en última instancia determina la tasa de ganancias; éstas reflejan la relativa escasez de capital, y el capital es escaso puesto que el dinero mismo *se hace* escaso. La teoría del capital del Keynes se basa en una relación inversa entre la reserva de activos reales y la tasa de ganancias que podría confundirse con una curva

9. La noción de las *unidades familiares* de la contabilidad nacional es falaz y no encaja en la economía keynesiana.

10. Gilles Dostaler y B. Marris, *op. cit.*

clásica;¹¹ significa que un incremento en la reserva de activos reales *automáticamente* da lugar a una caída de la tasa de ganancias *esperada*, dado que al Capitalista le asusta la futura falta de demanda agregada (el Capitalista keynesiano tiene cierta “visión” entrópica del futuro). El Capitalista jamás aceptaría incrementar su reserva de activos reales en ausencia de una caída de la tasa de equilibrio de las ganancias, que es el tipo de interés. La curva de capital keynesiana equivale a la propuesta de que la inversión se determina por el tipo de interés, que a su vez es reflejo de la sed de dinero capitalista.

En un mundo regido por una escasez de dinero objetiva y la resistencia desenfrenada del Capitalista frente a la aventura empresarial que lo forzaría a abandonar el capullo protector del dinero, el tipo de interés resulta siempre demasiado elevado para sostener el pleno empleo. La revolución keynesiana justifica el pesimismo absoluto de Keynes en relación con el futuro del capitalismo: éste ha convertido la economía en una mera economía arrendadora de escasez autoimpuesta; los empresarios pretenden comportarse como tales, pero en realidad son elementos disfrazados de la metamente arrendadora cuyo ingreso es una renta impuesta a la sociedad. El desempleo involuntario es el precio que la sociedad tiene que pagar por el reinado del arrendador.¹² Keynes ha demostrado que de ninguna manera —ni ahora ni nunca— la deflación es la terapia de choque del desempleo, puesto que no puede activar el maligno espíritu arrendador que impulsa la inversión.

REPERCUSIONES DE LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA

Del paradigma del arrendador a la teoría del circuito monetario

Las esperanzas de Keynes no se cumplieron. Al comenzar el siglo XXI, la ortodoxia clásica aún ejerce su reinado supremo sobre la teoría económica y la política. Las mismas personas que celebran la “nueva economía” se embelesan con el postulado del ahorro y exigen terapias de choque deflacionarias. Keynes en ningún momento ha sido olvidado, pero su recuerdo no resulta suficiente para retar a la ortodoxia. No es de sorprender que quienes recuerdan a Keynes sean economistas neoclásicos cuyas improvisadas teorías apuntan a reconciliar a Keynes con la ortodoxia clásica. La transformación de Keynes comenzó a finales de la década de los treinta, con Hicks y su modelo

11. La curva de capital de Keynes no depende de la productividad marginal decreciente del capital. La tasa de ganancia no equivale a la productividad marginal neoclásica del capital. Como más tarde lo hiciera Joan Robinson, Keynes explícitamente rechaza la función neoclásica de la producción.

12. La vehemente denuncia de Keynes en la *Teoría general* del capitalismo arrendador provoca ecos que no revisten un tono social democrático. “Significaría la eutanasia del arrendador y, en consecuencia, la eutanasia de la fuerza opresiva acumulativa del capitalista para explotar el valor de la escasez del capital”. Al imponer la escasez, ¡el capitalista genera la tasa de ganancia!

IS-LM. Más adelante se intentó de nueva cuenta con la teoría del desequilibrio de Clower, en los sesenta, y una vez más, en los noventa, con los neokeynesianos que restablecieron el postulado del ahorro en su forma más explícita.¹³ Podría resultar sorprendente que Keynes fuera recordado por quienes se consideran a sí mismos poskeynesianos, ya que, por un lado, comparten la crítica de Keynes a la ortodoxia clásica y, por el otro, desean explícitamente dilucidar aquellos aspectos de la economía keynesiana que el propio Keynes no aclaró (o no lo hizo del todo). Sesenta años de economía poskeynesiana no han logrado abatir la ortodoxia reinante puesto que el legado keynesiano incluye una teoría del dinero falsa, que ha dado lugar a una visión demasiado simplificada del capitalismo moderno.

Un legado peligroso: la falsa teoría keynesiana del dinero... pero Keynes para siempre

A la larga, Keynes sustituyó el postulado del dinero escaso por el antiguo postulado del ahorro. Nunca lo dudó, puesto que ello habría anulado su teoría del empleo. El famoso móvil financiero simplemente aumenta la escasez relativa del dinero en la medida en que hay un incremento de la reserva deseada de dinero en relación con una reserva disponible escasa. El postulado implica que el dinero importa siempre y cuando se le desee como forma de riqueza. Como medio de pago, el dinero es neutral, lo que explica por qué Keynes nunca se ocupó de las fuentes de financiamiento de la demanda efectiva.¹⁴ Desde el *Tratado* ya no es posible encontrar en la economía de Keynes un proceso circular, ni siquiera en las ecuaciones del ingreso: relaciones *instantáneas* que no presentan un vínculo causal temporal entre los gastos de las empresas en un período dado y sus ingresos o el producto de sus ventas en el mismo lapso.

El postulado keynesiano contradice el método de Keynes dado que no concuerda con la *Teoría general* del dinero que la teoría del circuito monetario explica en detalle. Usando el realismo lógico de Keynes, esa teoría demuestra que es imposible negar el postulado del ahorro y al mismo tiempo plantear el postulado del dinero escaso. El dinero no puede ser escaso, pues existe para brindar a las empresas, el Estado y los beneficiarios del ingreso, el financiamiento que requieren para cubrir sus gastos deseados. Por tanto, la naturaleza del dinero radica en los títulos crediticios que los bancos y el banco central del Estado emiten para sí mismos, como contrapartida de los créditos otorgados a empresas, beneficiarios del ingreso y el Estado.¹⁵ En la medida en que es totalmente ajeno a la demanda efectiva, el dinero no es escaso y la preferencia por la liquidez desaparece. El error inicial de Keynes fue mantener la noción neoclásica de la demanda o el deseo del dinero, con la esperanza de que podría demostrar el carácter no neutral del dinero si lograba probar que la demanda de dinero es incompatible con el pleno empleo. De

13. Louis Philippe Rochon, *op. cit.*

14. Alain Parguez, *op. cit.*

15. *Ibid.*

manera semejante, en la economía neoclásica, el dinero keynesiano es una mercancía dotada de un valor intrínseco derivado de su escasez. La preferencia por la liquidez es un disfraz de la utilidad marginal. El verdadero dinero no tiene valor intrínseco alguno: su valor es extrínseco y se origina en la capacidad de los prestatarios de generar riqueza real a partir de sus gastos. Lógicamente, el dinero se crea para ser destruido en la fase de reflujo del circuito monetario, cuando se recuperan los préstamos y se cobran los impuestos. La demanda de dinero keynesiana no existe como alternativa irresistible a la creación de la riqueza real.

La falsa teoría del dinero de Keynes fue hasta cierto punto desafortunada en relación con su visión del capitalismo y el papel que otorgó a la política económica. El capitalismo no está regido por el capitalismo financiero, que no es el único móvil de la acumulación. La visión de Keynes de un sistema capitalista motivado por la sed de dinero como oro, o casi oro, identifica al capitalismo con una economía de tipo feudal o puramente mercantilista. Es una visión muy romántica, que siempre me ha evocado al Rheingold de Wagner y a los románticos británicos de principios del siglo diecinueve. Al creer que el Empresario no era más que el Capitalista mismo, Keynes ignoró a las empresas modernas y no prestó atención a sus ganancias específicas. Su visión romántica lo condujo a una teoría de la economía política poco sólida. Sabemos qué es lo que debe evitarse —la deflación—, pero no sabemos qué hacer para lograrlo. En ocasiones, Keynes recomendó la inversión en obra pública, mas no pudo explicar de qué manera ésta cuadraba en su postulado del dinero escaso. De dónde se obtendrían los fondos es un misterio. Otra incógnita es la respuesta del siempre temeroso Capitalista, quien podría asustarse frente a una escasez de dinero reforzada y aumentar por consiguiente su deseo de acumulación. Antes de probar cualquier política económica se precisa aflojar o eliminar el yugo de la ley de la escasez del dinero; de hecho, se requeriría cierta “socialización de la inversión”, otro nombre para la romántica “eutanasia del arrendador”. Keynes nunca defendió la colectivización del capital que conferiría poder dictatorial al Estado burocrático que odiaba; simplemente se planteaba un mundo en el que la inversión estaría libre del yugo de la acumulación deseada gracias a cierta reforma moral del Capitalista. En última instancia, en lo que a política económica se refiere, Keynes compartía el pesimismo de Hayek. Cuando Hayek ponía de relieve la ineficacia de la intervención del Estado, lo hacía motivado por su fe en las leyes espontáneas del mercado; para Keynes, destacar dicha ineficacia equivalía a revelar su absoluto pesimismo, pues sabía que las leyes hayekianas de mercado no existen.


EL VERDADERO LEGADO O MÁS ALLÁ DE KEYNES

Los poskeynesianos fracasaron porque pretendían obedecer al legado en su *totalidad*. Su apego a las escrituras los llevó a conservar la preferencia por la liquidez y lo que subyace al postulado de la escasez del dinero. Por tanto, difícilmente podrían haber sido más convincentes al afirmar que el propio

Keynes es la reconstrucción positiva de la economía, ya sea en términos de teoría económica o en términos de política económica.

Como humanista, Keynes nos legó la visión del verdadero papel y la misión de la economía: la ciencia de la libertad que permite a la humanidad romper con las restricciones artificiales impuestas por la o las clases gobernantes a partir de su temor a perder el control exclusivo. Keynes nos enseña que la escasez o el miedo a la escasez resulta conveniente al poder arbitrario. Ello explica por qué la deflación es la tentación perenne de la política, sin importar si la promueven los estados nacionales u organizaciones supranaturales.

El punto de partida de la teoría del circuito monetario es que, salvo en situaciones excepcionales, la escasez no existe como una restricción objetiva. Keynes también nos legó su método de realismo lógico, que debe aplicarse para descubrir los verdaderos principios fundamentales de la economía de producción monetaria, cuya piedra angular es el principio de la esencialidad del dinero. La esencialidad del dinero significa que éste es la condición necesaria de la economía de producción monetaria que es la economía capitalista, y contradice el postulado de la escasez de dinero. Keynes no se mantuvo fiel a su método, aunque al menos nos legó el principio de la demanda efectiva. La demanda global es siempre una restricción autónoma a la que las empresas han de apostar; por ende, nadie debería dudar de la existencia de un desempleo involuntario resistente, que no puede eliminarse mediante ajustes automáticos cuando las empresas imponen el empleo en los desempleados. La teoría del circuito monetario permite generalizar las proposiciones keynesianas al eliminar el postulado de la economía regida por el Capitalista *adicto* a la acumulación.

Espero que el lector ya se haya convencido de que Keynes pertenece al panteón intelectual del siglo XX, y no ocupa tan sólo un capítulo más en un libro de texto aburrido y empolvado sobre la historia del pensamiento económico. Sin Keynes aún estaríamos en un dilema, padeciendo una ortodoxia de la que no nos atreveríamos a dudar. 

Bibliografía

- Keynes, John Maynard, “A Treatise on Money”, en Donald E. Moggridge *et al.* (eds.), *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, 30 vols., MacMillan, Londres, y St. Martin’s Press, Nueva York, vol. VI, 1930.
- , “The General Theory of Employment, Interest and Money”, en Donald E. Moggridge *et al.* (eds.), *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, 30 vols., MacMillan, Londres, y St. Martin’s Press, Nueva York, vol. VI, 1936.
- , “The General Theory and After”, en Donald E. Moggridge *et al.* (eds.), *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, 30 vols., MacMillan, Londres, y St. Martin’s Press, Nueva York, vol. XIV, 1937.
- Parguez, Alain, y Mario Seccareccia, “The Credit Theory of Money: The Monetary Circuit Approach”, en John Smithin (ed.), *What Is Money?*, Routledge, Londres y Nueva York, 2000.